

AHA!

Diálogo sobre el camino de la iniciación

Aleister Crowley

ABADÍA ARGENTUM

AHA!

EL MISTERIO SÉPTUPLE DEL AMOR [ilegible en la fuente]; LA VENIDA DEL SEÑOR EN EL AIRE COMO REY Y JUEZ DE ESTE MUNDO CORROMPIDO; DONDE, BAJO LA FORMA DE UN DISCURSO ENTRE MARSYAS, UN [ilegible en la fuente], Y OLYMPAS, SU DISCÍPULO, SE EXPONE TODO EL SECRETO DEL CAMINO DE LA INICIACIÓN DE PRINCIPIO A FIN; PARA LA INSTRUCCIÓN DE LOS PEQUEÑOS HIJOS DE LA LUZ; ESCRITO CON TEMOR Y HUMILDAD PARA LOS HERMANOS DE LA A∴ A∴ POR SU MUY RESPETUOSO SERVIDOR, UN ASPIRANTE A SU [ilegible en la fuente] ORDEN,

ALEISTER CROWLEY

La argumentación

Poco antes del Alba, el discípulo viene a saludar a su Maestro y le ruega instrucción. Inspirado por su Ángel, pide la Doctrina de ser arrebatado al Conocimiento y Conversación de Él. El Maestro revela la doctrina de la Atención Pasiva o Espera. Como esto le parece duro al Discípulo, se le explica más a fondo, y se le inculca el Método de la Resignación, la Constancia y la Paciencia. La Paradoja del Equilibrio. La necesidad de entregarse por entero al nuevo elemento. Se reprende el egoísmo. El Maestro, para ilustrar esta Destrucción del Ego, describe las Visiones de Dhyana. Describe además la defensa del Alma contra los Pensamientos que la asaltan, y muestra que la dualidad de la Conciencia es una blasfemia contra la Unidad de Dios; de modo que aun el pensamiento llamado Dios es una negación de Dios-tal-como-Él-es-en-Sí-mismo. El discípulo no ve en este Vaciamiento del Alma sino una medianoche en blanco. Se le muestra que esta es la condición necesaria de la Iluminación. Se distingue además entre estos tres Dhyanas y aquellas primeras visiones en que las cosas aparecen como objetivas. Con estos tres Dhyanas hay, además, otros Cuatro de los Cuatro Elementos; y muchos más. Por encima de estos está el Velo de Paroketh. Sus guardianes. La Rosa Cruz está más allá de este velo, y con ella la visión llamada Vishvarupa-darshana. Además, está el Conocimiento y Conversación del Santo Ángel Guardián. El número y la variedad infinitos de estas Visiones. La imposibilidad de revelar todas estas verdades al mundo exterior y no iniciado. La Visión del Pavo Real Universal: Atmadarshana.

La confusión de la Mente y la Percepción de su propia contradicción. La necesidad de superar la Razón, como la Razón ha superado al Sentido. El Segundo Velo: el Velo del Abismo. La fatuidad del Habla.

Una discusión acerca de los medios por los cuales la visión surge en el Alma pura es inútil; baste que en el Alma impura no surgirá visión alguna. El camino práctico es, por tanto, limpiar el Alma. Los cuatro poderes de la Esfinge; ¡aun los adeptos apenas alcanzan uno de ellos! La Destrucción final del Ego. El Maestro confiesa que ha atraído al discípulo con la promesa del Gozo, como lo único que este podía comprender, aunque el dolor y el gozo quedan trascendidos ya en las primeras visiones. Ananda (dicha), y su opuesto, marcan los primeros pasos del sendero. Al final todas las cosas son trascendidas; y aun así, este logro de la Paz no es sino como un andamio del Palacio del Rey. Las envolturas del alma. Es necesario abandonarlo todo; el adepto recuerda sus propias torturas, cuando todo lo que amaba le fue arrancado. La prueba del Velo del Abismo; el Desatarse del Tejido de la Mente, y su ruina. La distinción entre la creencia filosófica y la certidumbre interior. Sammasati: el trance en que el adepto percibe su conexión causal con el Universo; pasado, presente y futuro. Dominando la Razón, se vuelve como un niño pequeño e invoca a su Santo Ángel Guardián, el Augoeides. Atmadarshana, al surgir, es destruido por la Apertura del Ojo de Shiva; la aniquilación del Universo. El adepto es destruido, y surge el Maestro del Templo. El discípulo, sobrecogido, proclama su devoción al Maestro; ante lo cual este le ordena más bien unirse al Augoeides. Con todo, tras la gran aniquilación, el adepto reaparece como un Ángel para instruir a los hombres en

esta doctrina. Se describe la Majestad del Maestro. El discípulo, maravillado, jura alcanzarlo y pide más instrucción. El Maestro describe los Ocho Miembros del Yoga. Como el discípulo se lamenta de la dificultad del logro, el Maestro le muestra la dulzura de la vida del ermitaño. Queda una duda: ¿no podrá el mundo reconocer al instante al Santo? El Maestro responde que solo los Santos imperfectos se revelan como tales. De estos son los extravagantes y los charlatanes, y los que temen y niegan la Vida. ¡Pero fijemos nuestros pensamientos en el Amor, y no en las injurias de los otros! El Maestro invoca al Augoeides; el discípulo, por simpatía, casi es arrebatado. El Augoeides ha dado al Maestro un mensaje; a saber, manifestar el Nuevo Camino del Equinoccio de Horus, tal como se revela en Liber Legis. Así lo hace, y lo reconcilia con el Antiguo Camino invitando a la Prueba del Experimento. Irían, pues, al Desierto o a las Montañas: ¡no!, aquí y ahora se cumplirá. ¡Paz a todos los seres!

AHA!

OLYMPAS. Maestro, antes que el Alba de rubí
dore el rocío de la hoja y del prado,
mandando a los pétalos que se abran
de la imperecedera Rosa del cielo,
heraldos valientes, estandartes desplegados a lo lejos
de la estrella solitaria y secreta,
vengo a saludarte. Aquí inclino
hasta la tierra esta frente consagrada.
Como un amante corteja a la Luna,
doliente en un desmayo de plata,
tiendo mis labios hacia tu calzado,
mendigo de la dádiva mística.

MARSYAS. ¿Qué quieres?

OLYMPAS. ¡Que lo diga mi Ángel!
"¡Ser arrebatado por completo!"

MARSYAS. ¿Cómo, de dónde y adónde?

OLYMPAS. "Por mi beso,
de aquella morada a esta, ¡a esta!"
¿Mis alas?

MARSYAS. No tienes alas. Pero mira
un águila que barre desde el Abismo superior
donde Dios se yergue. ¡Que ella te arrebate
y te lleve a una dicha sin límites!

OLYMPAS. ¿Cómo debo llamarlo? ¿Cómo suplicarle?

MARSYAS. El Silencio es más hermoso que el Habla.
Solo sobre un árbol sin viento
cae el rocío, ¡la Felicidad!
Una sola onda en el agua empaña
el espejo mágico de las Estrellas.
Mi alma se dobla bajo el esfuerzo atlético
de la inmortal hermosura de Dios.

OLYMPAS. Dime, ¿de qué le sirve al terrón
saber la cercanía de su Dios?

MARSYAS. Primero, que el alma esté en equilibrio, y que emplume
la pluma de la Verdad sobre el filo de navaja de la mente.
Luego, que ningún recuerdo, sentimiento ni esperanza
manche todo su horóscopo sin estrellas.
Por último, que esté contenta, dos veces vacía;
no para ser padecida ni gozada;
inmóvil, ciega, sorda y muda:
¡así pueda llegar a su reino!

OLYMPAS. Querido maestro, ¿puede ser esto? ¿El vino
amargado con oscura disciplina?
Pues el alma ama a su compañero, el sentido.

MARSYAS. Este lecho es estéril. Debes defender
tu alma de todos sus enemigos, las criaturas
que con su naturaleza blanda y de sirena
¡te atraen al naufragio!

OLYMPAS. Tú has dicho:
"Dios está en todo".

MARSYAS. En verdad.

OLYMPAS. ¿Por qué temer
a la Divinidad?

MARSYAS. Solo en cuanto el pensamiento
es Dios, adóralo. Pero el alma crea
demonios deformes, parejas incestuosas:
mátalos; son falsas sombras de
la luna del amor, que nunca mengua.

OLYMPAS. ¿Qué pensamiento es digno?

MARSYAS. En verdad, ninguno,
salvo uno, en cuanto no es más que uno.
Mantén la mente constante; verás
una felicidad inefable.
Aumenta la voluntad, y hallarás
que tiene la fuerza de resignarse.
Resigna la voluntad; y de la cuerda
la flecha de la Voluntad habrá alzado el vuelo,
y desde la morada desolada
¡hallará el corazón inmaculado de Dios!

OLYMPAS. ¡La palabra es dura!

MARSYAS. Todas las cosas excitan
a su igual y a su opuesto.
Sé grande, y serás... ¡qué pequeño!
¡Sé nada, y serás el Todo!

No comas; todo alimento llenará tu boca:
¡bebe, y tu alma morirá de sed!
Llénate; y lo que buscas
se diluye hasta lo más débil.
Vacíate; los fantasmas de la noche
huyen ante la Luz viviente.
Quien se aferra a las pajas se ahoga; pero aquel
que tiene el secreto del mar
vive con todo el deseo de sus miembros,
se ase del agua misma, y nada.
Mira, el desgarbado albatros
tropieza torpemente a través
de la tierra: un aletazo, y vuela,
¡el galán más airoso de los cielos!
¡Así deja tú tus pensamientos, atento
a tu nuevo y noble elemento!
Arroja los grilletes de la tierra, y aférrate
a esa cosa imperecedera
que surge de la muerte desposada
de tu propio ser en aquello en que
estás fijo.

OLYMPAS. Entonces todo el leal aliento de la vida
es un viento baldío. Renunciando a todo gozo,
¿debo esforzarme siempre?

MARSYAS. ¡Deja de esforzarte!
¡Destruye este yo parcial, este gemido
de una bestia herida! Las llagas se mantienen vivas
a fuerza de rascarlas. La salud es paz. Desconocidas

e inexpresadas, porque están en reposo,
son las Altísimas Congruencias.

OLYMPAS. ¿Entonces la muerte es tu "logro"? ¡Yo
no puedo hacer nada mejor que morir!

MARSYAS. En verdad, ese "yo" que no es Dios
¡no es más que un león en el camino!
¿No sabes (¡aun ahora!) cómo estallan primero
los grilletes de la Restricción?
En el éxtasis del corazón
el Yo no tiene parte ni suerte.

OLYMPAS. Dime, querido maestro, cómo el capullo
estalla por primera vez en el esplendor de la flor;
qué éxtasis del cerebro y de la sangre
quiebra el sello sobre la tumba
de aquel cuya ganancia fue la pérdida del mundo,
¡nuestro padre Christian Rosycross!

MARSYAS. Primero, uno es como un viejo roble nudoso
en un brezal baldío. Chilla agudo el viento.
La noche sofoca la tierra. La tormenta se arremolina para ahogar
¡la garganta del silencio! Muy detrás
se junta una nube más negra que todas.
¡Pero mira, pero mira! entroniza una bola
de fuego abrasador. Revienta. El látigo
del relámpago lo arroja serpenteando. Un estrépito
parte el viejo árbol. ¡Un rugido desgarrador!
Y la noche es más oscura que antes.

OLYMPAS. ¡No, maestro, maestro! ¿Tiene el Terror
tan feroz dominio sobre el sendero?
¡La vida debe yacer aplastada, una franja negra calcinada,
tras aquella cosecha roja!

MARSYAS. La vida vive. La tormenta pasa. Las nubes se deshacen.
La noche está clara. Y ahora a aquel
que ha resistido se le da el don
de una luna inconmensurable.
El aire en torno al adepto se cuaja
en cristal; en su corazón siente
una punzada de aguja; luego estalla aquel esplendor
infinitamente puro y tierno . . .
¡Y el hielo lo arrastra hacia abajo!

OLYMPAS. Pero ¿puede
nuestra trémula forma, nuestro torpe barro,
soportar tal angustia?

MARSYAS. En el gusano
acecha un germen invencible
idéntico. ¡La caída de un gorrión
sería la Destrucción del Todo!
Más aún; sabe que esto supera toda destreza
para expresar su éxtasis. El estremecimiento
arde en la memoria como la gloria
de algún promontorio de faro lejano
donde ninguna luz brilla sino sobre la cresta
de las rompientes, ¡destellos de la espuma!

OLYMPAS. ¿El sendero termina aquí?

MARSYAS. ¡Ingenuo!
El sendero, el verdadero sendero, apenas ha comenzado.

OLYMPAS. ¿Cuándo termina la noche?

MARSYAS. Cuando el sol,
agazapado bajo el horizonte,
alza de golpe la cabeza, sacude la melena,
listo para saltar. Así es. De nuevo
el adepto asegura su sutil defensa
contra los dardos hostiles del sentido,
inmoviliza por un segundo su mente; como tal vez
has visto hacer a algún enorme luchador,
que con todo su peso reunido, amontonado, arrojado,
irresistible como el mundo que gira,
sujeta a su adversario contra el suelo
por un gran instante y nada más.

OLYMPAS. Así, ¡entonces el fulgor del sol!

MARSYAS. Toda la noche
estalla en un vívido orbe de luz.
No hay sombra; nada es,
sino la intensidad de la dicha.
El ser queda fulminado. Aquello existe.
¡Ah! Pero la mente, que engendra nieblas,
no permanece allí. El adepto debe caer
exhausto.

OLYMPAS. ¿Hay un fin de todo?

MARSYAS. ¡Pero no un fin de esto! Así como por encima
de toda vida está el pulso del amor,
así esto trasciende todo amor.

OLYMPAS. ¡Ay de mí!
¿Quién puede alcanzarlo?

MARSYAS. Almas raras.

OLYMPAS. Veo
la imagen de una sombra de esta luz.

MARSYAS. Tal es su poder sacramental
que recordarla irradia
su símbolo. El sacerdote eleva
la Hostia, y una bendición instantánea conmueve
a los fieles que aguardan en silencio.

OLYMPAS. ¿Cómo asegurar entonces la defensa del alma?
¿Cómo burlar al sitiador, el Sentido?

MARSYAS. Mira la ciudad sitiada, herida
por máquinas espantosas, duramente cercada
y apresada por líneas de muerte, bien surcada
de metralla, casi abierta a la espada.
Ahora llega el jefe; el valor corre
contagioso por la guarnición.
¡Reparad las trincheras! ¡Guarneced el muro!
¡Restaurad el arsenal arruinado!
¡Servid los grandes cañones! Los asaltantes palidecen;
son expulsados de la trinchera más avanzada.
Las baterías más mortíferas ya no vomitan
su infierno. Así, día tras día bien peleados,

silenciamos cañón tras cañón. Por fin
lo más feroz de la refriega ha pasado;
las colinas circundantes son nuestras. El ataque
ha terminado, salvo por algún raro chasquido,
largos tiros dispersos desde fuertes ocultos;
¡así sucede con nuestros pensamientos!

OLYMPAS. ¡Los pensamientos hostiles, las cosas malignas!
Revolotean con alas majestuosas,
como buitres que esperan que un hombre
caiga de la caravana de esclavos.

MARSYAS. Todos los pensamientos son malignos. El pensamiento es dos:
el que ve y lo visto. Evita
esa blasfemia suprema, hijo mío,
recordando que Dios es Uno.

OLYMPAS. ¡Dios es un pensamiento!

MARSYAS. El pensamiento de Dios
no es más que una hemorroide reventada;
una plaga, un ídolo, un engaño,
¡blasfemia, cisma y confusión!

OLYMPAS. ¿Desterrar mi único pensamiento elevado? La noche
sería en verdad sin estrellas.

MARSYAS. ¡Muy cierto!
Pero ese vacío impalpable
es la condición del éxito;

así como la tierra yace negra para ganar
el verdor de la primavera y la fecundidad del otoño.

OLYMPAS. Temo esta medianoche del alma.

MARSYAS. ¡Bienvenido el heraldo!

OLYMPAS. ¿Cómo dominar
el horror de la mente? ¿La demente
melancolía muerta?

MARSYAS. El ardid es vano.
La pura hombría debe sostener la lucha,
y la Voluntad adiestrada, la Raíz de la Vida,
llevar al adepto triunfante.

OLYMPAS. ¿Y si no?

MARSYAS. La razón, como un carillón de campanas
desgarrado por el rayo, se raja.

OLYMPAS. ¿Y estas
son las primeras visiones que ve el mago?

MARSYAS. Las primeras visiones verdaderas. Imágenes brillantes
se agolpan al principio en la mente clara, una multitud
de Dioses, luces, ejércitos, paisajes; sonoras
reverberaciones de la Luz.
Pero estos son sueños, cosas de la mente,
ensueños, ídolos. No hallarás
reposo en ellos. Los tres anteriores
(relámpago, luna, sol) son regiamente
liminares a la Sala de la Verdad.

Hay también con ellos, en verdad,
sus hermanos. Está la visión llamada
el León de la Luz, una tea
de llama de rubí y esmeralda
blandida por la Mano Hermenéutica.
Está el Cáliz, de donde el torrente
de la beatitud de sangre de Dios
llamea. ¡Oh, cantar esas melodías estelares!
¡Oh, más frío que un millón de lunas!
¡Oh, aguas vestales! Vino de amor
pálido como su alma lírica.
Está el Viento, una espada que gira,
el éxtasis salvaje del aire
lanzado más allá del espacio y del tiempo. Señor mío,
Señor mío, aun ahora te veo allí
¡en movimiento infinito! Y más allá
está el Disco, la rueda de las cosas;
como un diamante negro sin límites
que zumba con millones de alas.

OLYMPAS. ¡Maestro!

MARSYAS. Sabe también que sobre
estos portentos no pende ningún velo de amor;
sino, guardado por ojos que no duermen
de dos veces siete veintenas de severidades,
el Velo que solo se rasga
¡cuando la lanza hiere el corazón de Jesús!
Una poderosa Guardia de Fuego son ellos
¡con sables que giran en todas direcciones!

Sus ojos son muelas de molino mayores que
la tierra; sus bocas derraman mares de sangre.
¡Ay de aquel hombre maldito
de quien ellos son las iniquidades!
¡Arrastrado en el torrente vengador de su ira
hacia negros mares implacables!
¡Ay del buscador que no logre
rasgar ese velo virgen y vejatorio!
Fórmate con arte austero
en una única saeta azul
soltada de la cuerda de la Voluntad; ¡mira
el Arco Iris! Eres disparado, llama pura,
más allá del Nombre reverberado,
hacia la Sala de la Muerte. Allí
se ve sutilmente la Rosa Cruz.

OLYMPAS. ¿Es eso una visión, entonces?

MARSYAS. Lo es.

OLYMPAS. ¡Háblame de ella!

MARSYAS. ¡Oh, de esta no!
De todas las flores del campo de Dios
a esta no la nombramos. Nuestros labios están sellados,
porque la Llave Universal
yace dentro de su misterio.
Pero sabe esto. Estas visiones dan
un indicio tenue y fugitivo,
pero obsesivo, de que tras ellas acecha
algún Obrero, mayor que Sus obras.

Sí, le es dado a aquel que se ciñe
los lomos, que no se deja engañar por las palabras,
que toma la vida a la ligera en su mano
para arrojarla a la orden de la Voluntad,
conocer esa Visión de más allá del Velo.
¡Oh, purezas mezquinas y pálidas,
estas visiones de que he hablado!
El infinito Señor de la Luz y el Amor
irrumpe en el alma como el alba. ¡Mira! ¡Mira!
¡Gran Dios de Poder y Majestad!
Más allá del sentido, más allá de la vista, un resplandor
que arde desde Su mirada encendida.
Sin forma, todos los mundos de llama
¡átomos de aquel cuerpo de fuego!
El adepto arrebatado y quebrado;
¡muerto antes de que Su Nombre sea pronunciado!
En ese fuego el alma se consume.
Una gota de esa copa celestial
es un abismo, un mar infinito
¡que absorbe la inmortalidad!
¡Oh, pero el Yo se manifiesta
a través de todo ese resplandor! La memoria tropieza
como un ciego en todo lo demás.
El habla, como un risco de caliza, se desmorona,
mientras esta única alma del pensamiento está segura
de perdurar a través de toda confusión,
Verdad infinita en un pequeño palmo:
esto que es Dios es el Hombre.

OLYMPAS. ¡Maestro! Tiemblo y me regocijo.

MARSYAS. Ante Su propia voz auténtica
huye la duda. Las chovas parlanchinas de la charla
se dispersan como gorriones ante un halcón.

OLYMPAS. ¿Desde entonces el adepto está seguro de
la montaña mística? ¿La Luz y el Amor
son allí la Vida, y son suyos?

MARSYAS. Así es. Y hay Uno supremo
a quien he conocido, siendo Él. Retirado
tras las cortinas del alba
mora ese oculto. ¡Mira! él es
un rubor, una brisa, un canto, un beso,
una llama rosada como el Amor, sus ojos
azules, la quintaesencia de todos los cielos,
su cabello una espuma de gasa
de oro pálido como el jazmín, más hermoso
que todo el trigo del Paraíso.
¡Oh, los ojos suyos, pozos de agua en penumbra!
Hay tal hondura de Amor en ellos
que el adepto es arrebatado,
muere en esa boca, gema reluciente
de rocío prendida en las ramas del Día.

OLYMPAS. Oírlo es tan dulce
que me desvanezco en silencio a tus pies.

MARSYAS. ¡Levántate! Déjame decirte, conociéndolo a Él,
que el Sendero nunca se oscurece del todo.
¡Piérdelo a Él, y en verdad estarías perdido!
¡Pero Él no te perderá!

OLYMPAS. ¡Agota
la palabra!

MARSYAS. Si tuviera un millón de cantos,
y cada canto un millón de palabras,
y cada palabra un millón de sentidos,
no podría contar las multitudes corales
de las aves beatíficas de la Belleza,
ni recoger las míseras espigas
de esta gran cosecha de deleite.
¿No has oído bien la palabra?
Ese mundo es verdaderamente infinito.
Como un cubo es a un cuadrado
es aquello a esto.

OLYMPAS. ¡Regio y raro!
¡Luz infinita de ruedas ardientes!

MARSYAS. ¡Sí! la imaginación vacila.
Debes alcanzar antes de saber,
y cuando sepas, ¡gran desdicha
que el silencio apriete los labios dispuestos!

OLYMPAS. Siempre fue el habla el eclipse del pensamiento.

MARSYAS. Sí, no para velar la verdad a aquel
que la buscaba, tanteando en las penumbrosas
salas de la ilusión, dijeron los sabios
en todos los reinos, en todas las edades:
"Guarda silencio". Por una palabra habría de venir
tu visión, ¡y nosotros, que vemos, somos mudos!
Mil veces hemos buscado enseñar

nuestro conocimiento; el habla se burla de nosotros.
Tan groseramente se burla, que toda esta palabra
parece muerta, un cristal turbio y empañado,
¡aunque se aferre al corazón de la vida más de cerca
que las mejores rapsodias del arte!

OLYMPAS. ¡Habla, con todo!

MARSYAS. ¡Ah, si pudiera hablarte de
estas cosas infinitas de la Luz y el Amor!
Está el Pavo Real; en su abanico,
¡innumerables plumas de Pan!
¡Oh! cada pluma tiene ojos sin cuento;
(¡corona de los misterios creados!)
cada uno contiene un Pavo Real como el Primero.

OLYMPAS. ¿Cómo puede ser esto?

MARSYAS. La mente está maldita.
No puede ser. Es. ¡Mira,
batallón tras batallón que avanza rodando!
¡Hay guerra en el Cielo! El alma canta todavía,
pulsada por el plectro de la Voluntad;
pero la mente está muda; su único grito
¡el alarido de su última agonía!

OLYMPAS. Sin duda lucha.

MARSYAS. ¡Amargamente!
Y, ¡fíjate!, debe ser fuerte para morir.
La razón débil y parcial hunde
un borde, otro se alza, como cuando
un iceberg que se derrite se tambalea y se vuelca

bajo el sol. Sé poderoso, entonces,
un señor del Pensamiento, más allá del Ingenio y del asombro,
equilibrado; luego hunde la mente entera,
sumergida sin posibilidad de flotar, fundida
como corresponde con su propio elemento,
¡sin alzar picos dentados y desnudos
al aire que no la comprende!
Este es el segundo velo; y por eso,
así como primero matamos las cosas del sentido
sobre el altar de su Dios,
así debe el Segundo Período
matar las ideas, para alcanzar
aquello que es, más allá del cerebro.

OLYMPAS. ¿Aquello que es? ¿No pensamiento? ¿No sentido?

MARSYAS. El conocimiento no es sino experiencia
hecha consciente de sí misma. La abeja,
maestra consumada de geometría,
no tiene una sola palabra de toda ella;
¡pues la sabiduría no es el ingenio natural!
Así se llama loco al adepto
por su franca incapacidad de explicar.
El lenguaje crea pensamientos falsos; los verdaderos
engendran lenguaje lentamente. Tras
la experiencia de una cosa que conocíamos
surgió la necesidad de nombrar la cosa.
Así, los antiguos compararon la mente del hombre
con el viento indómito y esquivo.
Algún necio cree que los nombres son cosas, y se jacta

en voz alta de espíritus y de fantasmas.
¡La religión nace de un juego de palabras!
Y nosotros, que conocemos a aquel Santo
de quien te hablé, buscamos en vano
figura o palabra para hacerlo claro.

OLYMPAS. ¡Desesperación del hombre!

MARSYAS. El hombre es la semilla
de la flor inimaginable.
Por la unidad del pensamiento y del acto
puede florecer ahora, ¡en esta misma hora!

OLYMPAS. Puesta a salvo el alma, ¿es seguro que la visión surgirá en ella?

MARSYAS. Aunque parezca
tranquila y pura, quizá algún pensamiento se ha deslizado
en su mente para frustrar al adepto.
La expectativa del éxito
basta para destruir la tensión
del pensamiento único. Pero entonces, ¿qué importa?
"La visión del hombre se va, se disuelve en la de Dios";
o "por la gracia de Dios se da la Luz
al heredero elegido del cielo".
Estas no son sino tesis ociosas, ubres
secas de la vaca Teología.
Los negocios son los negocios. El único hecho
que conocemos es: los dioses exigen
un espejo sin mancha. ¡Limpia tu alma!
¡Perfecciona el austero dominio de la voluntad!

Para lo demás, ¡espera! Una vez despejado el cielo,
¡el alba no necesita que la apuren para aparecer!

OLYMPAS. ¡Basta! se hará.

MARSYAS. ¡Cuidado!
Fácilmente tropieza la gran palabra "osar".
Cada hombre es un Edipo que cree
tener los cuatro poderes de la Esfinge,
Voluntad, Valor, Conocimiento, Silencio. Hijo,
¡aun los adeptos apenas alcanzan uno!
Tus Pensamientos: caen como frutas podridas.
Pero destruir el poder que hace
estos pensamientos, ¿tu Yo? Hace falta un hombre
¡para arrancar su alma de raíz!
¡Esta es la fábula de la mandrágora, muchacho!

OLYMPAS. Me dijiste que el Sendero era gozo.

MARSYAS. ¡Una mentira para atraerte!

OLYMPAS. ¡Maestro!

MARSYAS. El dolor
y el gozo son juguetes gemelos del cerebro.
¡Aun las primeras visiones van más allá!

OLYMPAS. Todas las runas enrevesadas que he estudiado
no me dijeron una verdad tan llana. ¡Veo,
Simplicidad inescrutable!
Aplastado como un lución bajo el talón
de todo lo que soy, percibo y siento.

Mi verdad no era sino la punzada parcial
que acertó a herirme mientras cantaba.

MARSYAS. Al principio, la violencia
señala la extinción del sentido.
La angustia y el éxtasis torturan el alma.
Son rupturas del dominio.
En equilibrio propio, halcón que se cierne, pende
en el aire quieto el adepto. ¡El toro
sobre la tierra firme no avanza tan suave!
Así las primeras finas punzadas extáticas
pasan; llega el equilibrio.

OLYMPAS. ¡Qué maravillosas
son estas altas avenidas de la verdad!

MARSYAS. Así el primer destello de luz y terror
se ve como sombra, se conoce como error.
Luego la luz llega como luz; a medida que crece,
la sensación de paz resplandece cada vez más firme;
y el deseo feroz que unía el alma
a su Dios alcanza un casto dominio.
Íntima, una dicha atómica
es la última expresión de ese beso.
¡No éxtasis, sino paz, pura paz!
Invisible, el rocío se sublima
desde la gran madre, sutilmente asciende
¡y ama las hojas! Sí, al final,
la visión debe trascender toda visión.
Estas glorias son mero andamiaje
del Palacio Cerrado del Rey.

OLYMPAS. Pero dijiste que antes de que brote la nueva flor
el alma es arrancada de raíz.

MARSYAS. Ahora llegamos a las cosas íntimas
¡conocidas por tan pocos! El ser del hombre se aferra
primero a lo exterior. Líbralo de esto,
de las envolturas interiores, y verá
esas envolturas como externas. Arranca
uno tras otro cada labio hermoso
del capullo de rosa pleno. Siempre nuevo
salta a la vista el pétalo siguiente.
¿Qué los ata sino el Deseo? ¡Enfermedad,
la más terrible del terrible Destino!

OLYMPAS. ¡Lo he abandonado todo para pisar
el brillante sendero de lo alto!

MARSYAS. Fácil es decirlo. Para abandonarlo todo,
todo debe ser primero amado y poseído.
Ni tú ni yo hemos roto la servidumbre.
Todo, cuando lo ofrecí medio en broma,
escéptico, me fue arrancado.
¡No sin dolor! ELLOS mataron a mi hijo,
arrastraron a mi esposa a una infamia
más repugnante que la muerte, empujaron a lo salvaje
mi cuerpo torturado, me despojaron de
riqueza, salud, juventud, belleza, ardor, amor.
¿Lo has abandonado todo? ¡Entonces prueba
una mota de polvo dentro del ojo!

OLYMPAS. ¡Pero eso es diferente!

MARSYAS. La vida es una.
La magia es vida. Lo físico
(así lo llaman los hombres) es una posada
para el adepto, ¡heredero del sol!
¡Bombardea la casa! gime y se abre.
El adepto sale corriendo, y así escapa
¡de esa ruina!

OLYMPAS. ¿Paralelamente, sin tropiezo,
la ruina de la mente también?

MARSYAS. ¡Sí! Oye la prueba del Velo,
¡el Segundo Velo! . . . ¡Oh, ahórrame este
recuerdo mágico! Palidezco
al mostrar el Velo del Abismo.

OLYMPAS. ¡No, que la confesión sea completa!
Maestro, me inclino a tus pies...

MARSYAS. ¿Por qué sudan de sangre y de rocío?
Un horror ciego me corta el aliento.
El sendero del abismo atraviesa
¡cosas más oscuras, más lúgubres que la muerte!
¡Valor y voluntad! ¿De qué sirve su fuerza?
La mente se encabrita como un caballo asustado.
No hay memoria posible
de aquel infierno insondable.
¡Aun las sombras que surgen
son cosas demasiado espantosas para contarlas!
No hay condena semejante en la cosecha
de horror del Destino. La blanca fuente

del habla se ahoga en su origen.
Sabe que el espíritu cuerdo mantiene su curso
por esto: que todo lo que piensa
tiene lazos causales o contingentes.
¡Destrúyelos, y destruirás la mente!
¡Oh, bestial, sin fondo y ciego
pozo negro de toda locura!
¡El adepto debe abrirse camino hasta ti!
Este es el fin de todo nuestro dolor,
¡la disolución del cerebro!
¡Pues he aquí que en esto ninguna argamasa se pega;
la casa se viene abajo, una granizada de ladrillos!
El sentido de todo lo que oigo se ahoga;
tac, tac, sonido aislado,
golpetea, repiquetea, aporrea, parlotea,
¡tac, tac, tac, y nada importa!
Alucinaciones sin sentido ruedan
a través de la cortina del alma.
¡Cada onda del río parece
la locura de los sueños de un maníaco!
Así en el yo no hay cadena de memoria
ni hebra causal que ate las pajas.
¡El Yo roto! En blanco, demente
tanto de existencia como de leyes,
el Ego y el Universo
caen en una sola maldición negra y caótica.
Así termina la indagación de la filosofía:
"Summa scientia nihil scire".

OLYMPAS. Sí, pero a esa tesis razonada le falta
el impacto de la realidad.

MARSYAS. Esta visión es un hacha de guerra
que parte el cráneo.

OLYMPAS. ¡Oh, perdóname!
Pero mi alma desfallece, se me hunde el estómago.
¡Déjame seguir adelante! Mi ser bebe
el néctar veneno de la Esfinge.

MARSYAS. ¡Esta es una medicina amarga!
¡Lazo negro en que fui atrapado!
Cómo se puede pasar apenas lo sé.
Quizá el tiempo nunca borra la huella.
¡Negro, negro, intolerablemente negro!
¡Vete, espectro de las edades, vete!
Baste que pasé más allá.
Hallé el secreto del lazo
que une pensamiento con pensamiento a través de años sin cuento,
a través de muchas vidas, en muchas esferas;
reduje a un punto el oscuro designio
de esta existencia que es mía.
Conocí mi secreto. Todo lo que fui
lo llevé al vidrio ardiente,
y toda su luz y su calor concentrados
calcinaron todo lo que soy. La runa está completa
cuando todo lo que seré pasa veloz
como una sombra en el cielo.
Entonces solté mi razonamiento.

¡Cosa vacía y maldita!
Con mi Voluntad barrí
la telaraña de la metafísica, sonreí
ante el ciego laberinto, donde la gris
y vieja serpiente de la locura tejía su salvaje
¡maldición! Mientras pisaba el camino sin huellas
por los desfiladeros sin sol de Catay,
me volví un niño pequeño.
Junto a ríos sin nombre que se arremolinan a través
de abismos de un azul fantástico,
mes tras mes, en colinas yermas,
en calor abrasador, en fríos amargos,
selva tropical, nieve tártara,
archipiélago de esmeralda,
mírame, guiado por alguna mano sabia
que yo no comprendía.
Mañana y mediodía y tarde y noche
yo, el ermitaño desamparado,
lo invoqué a Él con mansa devoción,
como la gota de rocío corteja al océano.
En mis andanzas llegué
a un antiguo parque encendido
con pies de hadas. Todavía envuelto en amor,
fui arrebatado, más allá, por encima
de las mareas del ser. La gran visión
de la luz intolerable
del universo entero que tejía
el laberinto de la vida y del amor
ardió en mí. Entonces alguna voluntad gigante,

mía o de otro, lanzó un estremecimiento
a través de la gran visión. Toda la luz
se apagó en una noche inmortal,
el mundo aniquilado por
la apertura del Ojo del Maestro.
¿Cómo puedo decirlo?

OLYMPAS. ¡Maestro, maestro!
Un sentimiento de algún desastre divino
me humilla.

MARSYAS. En verdad, el santuario
está desolado de lo divino.
¡Pero, ida toda la ilusión, mira
al Uno que es!

OLYMPAS. Regiamente desplegada,
¡oigo una música extraña en el aire!

MARSYAS. Es el coro angélico, que sabe
de la gran prueba osada y cumplida
¡por un Hermano más del Sol!

OLYMPAS. Maestro, el alarido de una gran ave
se funde con el torrente del trueno.

MARSYAS. Es el eco de la palabra
que partió en dos el universo.

OLYMPAS. Maestro, tu estatura abarca el cielo.

MARSYAS. En verdad; pero no soy yo.
El adepto se disuelve, pálida forma fantasmal

soplada desde la negra boca de la tormenta.
¡Es otro el que surge!

OLYMPAS. ¡Pero en ti, a través de ti!

MARSYAS. Yo no soy.

OLYMPAS. Para mí eres.

MARSYAS. ¿Entonces eso basta
para sellar tu voluntad? ¿Para echar tu suerte
en el regazo de Dios? ¡Entonces, bien!
Sí, no hay hechizo más poderoso.

OLYMPAS. Por la vida, por la muerte, por tierra y mar,
con toda certeza te seguiré.

MARSYAS. Síguete a ti mismo, no a mí. Tienes
un Santo Ángel Guardián, obligado
a conducirte desde tu amargo yermo
a la profundidad inescrutable
que es Su terreno de alianza.

OLYMPAS. Tú, que has conocido estas llaves maestras
de todos los misterios de la creación,
dime, ¿qué siguió a la gran ráfaga
de Dios que redujo su mundo a polvo?

MARSYAS. Yo, aun yo, el hombre, me volví
como una gran espada de llama centelleante.
Mi vida, informada de santidad,
consciente de su propia hermosura,
como un pozo que rebosa
en el límite de las nieves,

envió su arroyo de cristal a alegrar
los corazones de los hombres, a enloquecer sus vidas
con la dicha embriagadora
(¡vino mezclado con mirra y ámbar gris!)
de este perfume agridulce,
este fulgor de la aulaga en flor espinosa
que es la Sabiduría del Camino.
Entonces brota la estatua del barro,
y toda la puesta en duda paternidad de Dios
se ve que es supremamente buena.
¡Vive dentro del sol cuerdo y dulce!
¡Deja en paz el mundo de las sombras!

OLYMPAS. ¡Hay una corona para cada uno;
para cada uno hay un trono!

MARSYAS. Esa corona es el Silencio. ¡Sellada y segura!
Ese trono es el Conocimiento perfecto y puro.
Bajo ese trono, en adoración, están
las Virtudes en dichosa banda;
misericordia, majestad y poder,
belleza y armonía y fuerza,
triunfo y esplendor, lluvia estelar
de llamas que desprenden su largor de lirio,
un collar de luz pura, tendido a lo lejos
hasta la Base, del cual pende
una perla, el Universo, cuya vista
es una sola joya esférica de deleite.
¡Ya no caída! Una novia en su enramada
que se ruboriza de estar satisfecha.

OLYMPAS. ¿Todo esto, si una vez el Ojo se abre?

MARSYAS. La cruz de oro, la rosa de rubí
desaparecen cuando, llameando desde lejos,
el ojo del Halcón ciega a la Estrella de Plata.
Oh, hermanos de la Estrella, acariciados
por sus frías llamas de la frente al pecho,
¿hay algún éxtasis todavía que excite
a este neófito postrado y pálido?

OLYMPAS. ¡Oh, pero no hace falta esto!
Ardo hacia el abismo de la Dicha.
Llamo a los Cuatro Poderes del Nombre;
tierra, viento y nube, mar, humo y llama,
como testigos: por esta Estrella trina
juro romper la barra de dos puntas.
Pero ¿cómo alcanzarlo?

MARSYAS. Se dobla y se inclina
la voluntad más fuerte a la que le faltan los medios.
Hay siete llaves para la gran puerta,
siendo ocho en una y una en ocho.
Primero, que tu cuerpo esté quieto,
atado por los sudarios de la voluntad,
rígido como un cadáver; así podrás abortar
los niños inquietos que fastidian al pensamiento.
Luego, que el ritmo de la respiración sea bajo,
fácil, regular y lento;
de modo que tu ser esté en armonía
con el desmayo Pacífico del gran mar.
Tercero, que tu vida sea pura y serena,

mecida suavemente como una palmera sin viento.
Cuarto, que la voluntad de vivir esté atada
al único amor de lo Profundo.
Quinto, que el pensamiento, divinamente libre
del sentido, observe su entidad.
¡Vigila cada pensamiento que brota; acrecienta
hora tras hora tu vigilancia!
¡Intenso y agudo, vuelto hacia dentro, no pierdas
ni un átomo de análisis!
Sexto, fijo con firmeza en un solo pensamiento,
¡acalla cada susurro del viento!
¡Así, como una llama recta e inmóvil,
consume tu ser en una sola palabra!
Luego, aquieta ese éxtasis, prolonga
tu meditación escarpada y fuerte,
¡matando aun a Dios si Él distrajera
tu atención del acto elegido!
Por último, todas estas cosas dominadas en una,
¡es la hora en que florece la flor de medianoche!
La unidad es. Pero aun en esto,
hijo mío, no obrarás mal
si refrenas la expresión, lanzas
tu mirada a la raíz tenebrosa del éxtasis,
descartando nombre, forma, visión y tensión
aun de esta alta conciencia;
¡penetra hasta el corazón! Aquí te dejo:
tú eres el Maestro. Venero
tu resplandor que rueda a lo lejos,
¡oh, Hermano de la Estrella de Plata!

OLYMPAS. Ah, pero ningún reposo puede envolver mis miembros.
Gigantes y hechiceros se oponen;
¡ogros y dragones son mis enemigos!
Leviatán nada contra mí,
¡y los leones rugen, y sopla Bóreas!
Ningún Céfiro corteja, ningún himno feliz
entona un peán al Peregrino de la Rosa.

MARSYAS. Enseño el camino real de la luz.
Sé tú, devotamente ermitaño,
libre de tu destino. Elige con ternura
un lugar para tu Academia.
Que haya un bosque sagrado
de soledad enramada
junto al río quieto, sin lluvia,
bajo las raíces enmarañadas
de árboles majestuosos que tiemblan
en los aires quietos; donde los brotes
de la hierba bondadosa están verdes,
musgo y helechos dormidos entre ellos,
lirios mecidos en el agua,
rayos de sol atrapados en las ramas
(¡tarde sin viento y eterna!),
acalladas todas las aves del cielo
por el llamado bajo e insistente
de la cascada constante.
Allí, para tal engaste, esté
su gema tallada de deidad,
un fuego central sin defecto, cautivo

como la Verdad dentro de una esmeralda.
Tendrás una barca de abedul
sobre el río en la oscuridad;
y a medianoche irás
a la corriente más tersa del centro del río,
y golpearás una campana de oro,
el llamado del Espíritu; luego dirás el Conjuro:
"¡Ángel, ángel mío, acércate!",
haciendo el Signo de la Maestría
con una vara de lapislázuli.
Entonces, puede ser, a través de la ciega y muda
Noche verás venir a tu ángel,
oirás el tenue susurro de sus alas,
contemplarás el pecho estrellado enjoyado
con las doce piedras de los doce reyes.
Su frente estará coronada
con la tenue luz de las estrellas, donde
el Ojo brilla dominante y agudo.
Entonces te desvaneces; y tu amor
captará su voz sutil.
Él instruirá a su feliz amante;
¡mi necia cháchara habrá terminado!

OLYMPAS. ¡Oh, ahora ardo con santa prisa!
Esta doctrina tiene un sabor tan dulce
que todo otro vino es agrio.

MARSYAS. Hijo, hay una abeja para cada flor.
Ábrete, copa camaleónica,
¡y deja que Él sorba tu miel!

OLYMPAS. Hay una duda. Cuando las almas alcanzan
una ganancia tan inimaginable,
¿no las señalarán otros como sabias
más allá de los meros destinos mortales?

MARSYAS. Esos no son los santos perfectos.
Mientras la imaginación desfallece
ante su verdad, ellos la velan de cerca,
como en medio de las nieves más altas
los picos más elevados ocultan con mayor rigor
entre nubes sus cabezas sagradas. ¡Separa
los planos! ¡Sé siempre, en cuanto puedas,
un sencillo y honrado caballero!
¡Que el cuerpo y los modales estén a gusto,
no hinchados de santidades blasonadas!
¿Quién pelea como pelea el santo soldado?
¡Y mira pintar al adepto artista!
¡Débiles son esas almas que temen la presión
de la tierra sobre su santidad!
Ayunan, comen comida estrafalaria,
parlotean de habas y de fraternidad,
usan sandalias, y pelo largo, y polainas,
¡y creen que eso los hace Arahats!
¿Cómo acallará el hombre su tormenta del espíritu?
¡Con Vestido Racional y Reforma Alimentaria!

OLYMPAS. Conozco a esos santos. Un vicio fácil:
¡se anuncian tan de maravilla!

MARSYAS. ¡Oh, sus almas mezquinas se sacian
con viento de orgullo espiritual!

Son pura negación. "No comas;
¡qué veneno para el alma es la carne!
No bebas; no fumes; ¡niega la voluntad!
El vino y el tabaco nos enferman".
La magia es vida; la Voluntad de Vivir
es una suprema Afirmación.
Estas cosas que rehúyen la Vida no valen
más para el Cielo que para la Tierra.
¡Afirma el eterno Sí!
Esos santos al menos se anotan un éxito:
¡la perfección de su mojigatería!

OLYMPAS. Basta. El alma se alimenta más sutilmente
con el vino y el pan de la meditación.
Olvidemos sus defectos y los nuestros;
¡fijemos todos nuestros pensamientos solo en el Amor!

MARSYAS. Ah, muchacho, por encima de todas las coronas y los tronos
está la santidad del amor.
En Su santuario cálido y secreto
hay una copa de vino perfecto,
de la cual una gota es medicina
contra todos los males que hieren el alma.
Una hija llameante de los Djinn
me trajo una vez un rollo alado,
en el que leí el conjuro que trae
el conocimiento de aquel Rey de Reyes.
¡Ángel, te invoco ahora!
¡Inclina sobre mí la frente estrellada!

Extiende las alas de águila sobre
¡el pabellón de nuestro amor!
. . . . .
¡Levantaos de vuestros asientos de zafiro estrellado!
Mirad dónde, a través de los cielos que se avivan,
ondea la oriflama de la belleza
anunciando leales legionarios,
cuya llama de jabalinas de oro
protege a esos paladines sin par.
Allí están sus lámparas ardientes,
espléndidos cúmulos de estrellas que enjoyan
los torrentes que arrastran aquellas azules
alas brillantes que traen a mi ángel.
¡Oh, Tú eres como un Halcón de Oro,
milagrosamente múltiple,
pues todo el cielo se enciende para ser
un espejo mágico de Ti!
Las estrellas parecen cometas que se precipitan
para enjoyar tus vestiduras, rociar tu corona.
Como las plumas de luna de un ave extraña
agitadas sublimemente por un gran viento,
atraes la luz de todos los cielos
a tu estela. El cielo muere
en burbujeante espuma de luz que espumea
en torno a tu ardor. Todas las cúpulas
de todos los cielos se cierran sobre ti
cuando eres conocido por mí, que te amo.
Beso excelente, te prendes de
esta alma mía, de modo que se ha ido,

ida de toda vida, y arrebatada
a la infinita espuma estrellada
de tu propio Eón . . .

OLYMPAS. ¡Ay de mí!
Desfallezco. Tu majestad mística
absorbe esta chispa.

MARSYAS. ¡Salve! ¡salve!
¡Esplendor blanco a través del velo invisible!

OLYMPAS. Soy arrastrado contigo al éxtasis.

MARSYAS. ¡Detente!
Traigo un mensaje. El Cielo ha enviado
el conocimiento de un nuevo y dulce camino
hacia el Elemento Secreto.

OLYMPAS. Maestro, mientras la gloria aún se aferra,
¡declara este misterio mágico!

MARSYAS. Todavía me llevan aquellas alas azules
hacia la Esencia del Todo.
Ahora, ahora estoy otra vez en la tierra,
aunque, ardiendo por cada nervio y cada vena,
la luz mantiene aún su curso coral,
llenando mi cuerpo de fuerza ígnea
como la de Dios. ¡Oye ahora el Apocalipsis
recién emplumado en estos labios reacios!
Tiemblo como un álamo, vibro
como la luz sobre un río lluvioso.
¡Haz lo que tú quieras! es la única palabra
de ley que oyó mi logro.

¡Levántate, y pon tu mano sobre Dios!
¡Levántate, y pon término
a la Restricción! Eso es pecado:
¡retener dentro tu santo espíritu!
Oh, tú que te irritas contra tus barrotes,
invoca a Nuit bajo sus estrellas
con un corazón puro (Su incienso quemado
de gomas y maderas, en urna de oro),
y deja que la serpiente llamee allí
un poco, y tu alma logrará
yacer en su seno. ¡He aquí!
Tú lo darías todo, y ella clama: ¡No!
¡Tómalo todo, y tómame a mí! ¡Reúne especias
y Vírgenes y grandes perlas de precio!
¡Adórame con una sola túnica,
ricamente coronado! Ceñidor del globo,
¡te amo! Pálida y púrpura, velada,
voluptuosa, de velas de cisne plateadas,
te amo. Soy la embriaguez
del sentido más íntimo; la caricia de mi alma
¡es hacia ti! Que mi sacerdotisa esté
desnuda y regocijada, suavemente abanicada
por acólitos de labios tersos, sobre
mi piedra de altar iridiscente,
y en su canto de amor, desfalleciente,
diga por siempre: ¡A mí! ¡A mí!
Soy la hija de párpados azules
del ocaso; el agua que todo lo ciñe;
¡el brillo desnudo del cielo

en la noche voluptuosa soy yo!
Con canto, con joya, con perfume,
¡despierta todo el rubor y la flor de mi rosa!
¡Bebe por mí! ¡Ámame! Te amo,
mi amor, mi señor: ¡a mí! ¡a mí!

OLYMPAS. No hay aspereza en el aliento
de esto: ¿se ha superado la vida, y la muerte?

MARSYAS. Está la Serpiente que da deleite
y Conocimiento, que agita bien el corazón
con embriaguez. Extrañas drogas son las tuyas,
Hadit, ¡y tragos de vino hechicero!
Estas no hacen daño. Tus ermitaños moran
no en la fría celda secreta,
sino bajo doseles de púrpura
con amantes de pechos poderosos,
magníficas como leonas;
¡caricias tiernas y terribles!
El fuego vive, y la luz, en ojos ávidos;
y una enorme cabellera abundante yace en torno a ellos.
Conducen sus huestes a la victoria:
en todo gozo son reyes; mira entonces
esa serpiente secreta enroscada para saltar
¡y ganar el mundo! Oh, sacerdote y rey,
que haya festín, embestidas, combate,
¡una orgía de lujuria, canto, golpes!
¡Trabaja; sé el lecho del trabajo! ¡Detente! ¡Detente!
El beso de las estrellas es como oro fundido.

¡Endurécete! ¡Sostente! ahora muere…
¡Ah! ¡Ah! ¡Excede! ¡Excede!

OLYMPAS. ¿Y yo?

MARSYAS. Mi estatura superará las estrellas:
¡Él lo ha dicho! Los hombres me adorarán
en bosques ocultos, en riscos yermos,
de ahora en adelante por toda la eternidad.

OLYMPAS. ¡Salve! ¡Te adoro! Hagamos festín.

MARSYAS. Yo soy la Bestia consagrada.
Construyo la Casa Abominable.
La Mujer Escarlata es mi Esposa…

OLYMPAS. ¿Qué es esta palabra?

MARSYAS. No puedes saberlo
hasta que hayas pasado la Cuarta Prueba.

OLYMPAS. Te adoro. Los rayos de luna fluyen
magistralmente ricos y reales
de tu boca roja, y estallan, soles jóvenes
que cantan ante los Santos
¡tus Ocho Oraciones Misteriosas!

MARSYAS. ¡El último conjuro! ¡La palabra eficaz!
¡Los dos completados por el tercero!
¡El Señor de la Guerra, de la Venganza,
que mata con una sola mirada!
Esta luz está en mí, de mi Señor.
Su Nombre es esta espada que gira a lo lejos.
Llevo adelante Su orden. Agudo y veloz

llamea mi ojo de Halcón; estos brazos alzan
el Estandarte del Silencio y de la Fuerza.
¡Salve! ¡Salve! ¡estás aquí, mi Señor, por fin!
He aquí, el Señor con Cabeza de Halcón soy yo:
mi nemyss envuelve el cielo azul de noche.
¡Salve, vosotros, guerreros gemelos que guardáis
los pilares del mundo! Vuestro tiempo
está cerca. La serpiente que manchó
el Cielo con su baba inagotable
ha sido muerta; llevo la Vara de Poder,
la Vara que crece y que mengua;
aplasto el Universo en esta hora
en mi mano izquierda; ¡y nada queda!
¡Eh! por el esplendor de mi nombre,
oculto y glorioso, una llama
que brota secretamente del sol.
¡Aum! ¡Ha! mi destino está cumplido.
La Palabra está dicha y oculta.

OLYMPAS. Estoy aturdido. ¿Qué maravilla se reveló?

MARSYAS. El rito es secreto.

OLYMPAS. ¿Aprovecha?

MARSYAS. Solo a la sabiduría y al ingenio.
El otro no hizo menos. Prueba entonces
ambos con la llave maestra del Amor.

OLYMPAS. ¿La cerradura gira con dificultad?

MARSYAS. ¿Rehuirás
usar el aceite sagrado del trabajo?

¡No desde el valle has de probar
los huevos que forran el nido del águila!
¡Trepa, con la vida en juego, el hielo,
la pared vertical del precipicio!
¡Domina la cornisa, gana la brecha,
y aprende lo que la arista puede enseñar después!
Pero no puede la arista misma decir
el secreto de la cumbre final.

OLYMPAS. Todas las aristas se unen al final.

MARSYAS. Concedido,
¡oh, tú, astuto y de ingenio sutil!
¡Pero una, suelta, dentada, envuelta en niebla!
¡Otra, firme, lisa, amada y besada
por el sol suave! Nuestra orden tiene
este secreto del sendero solar,
así como nuestro Señor la Bestia ha ganado
el Número místico del Sol.

OLYMPAS. Estos secretos son demasiado altos para mí.

MARSYAS. ¡No, hermanito! ¡Ven y mira!
¡No te acerques a la doctrina de la Ley
ni por fe, ni por miedo, ni por temor reverente!
Verdad, Valor, Amor ganarán el combate,
y aquellos otros tres serán echados fuera.

OLYMPAS. Llévame, Maestro, de la mano
suavemente a esta tierra bondadosa.
¡Déjame beber la doctrina,
una medicina que todo lo sana!

¡Déjame alzarme, correcto y firme,
avanzando con paso seguro hacia la meta,
dueño de mi destino, para alzarme
a destinos imperiales;
con el dardo sanguíneo del sol
brillante como lanza en mi corazón ardiente,
y la planta de albahaca de mi ser
brillante y dura como el diamante!

MARSYAS. Allá, tenuemente luminoso,
el desierto amarillo nos espera.
Ágiles y ávidos, de la mano,
viajamos a la tierra solitaria.
Allí, bajo las estrellas, el humo
de nuestro incienso invocará
a la Reina del Espacio; y sutilmente Ella
se inclinará desde Su infinitud
como una llama azul que lame,
tocándonos, y atravesando
todas las telas de sentido que somos
¡como el éter penetra una estrella!
Sus manos acariciando la tierra negra,
su dulce cuerpo ágil arqueado para el amor,
sus pies un Céfiro para las flores,
ella pronuncia mi nombre, da la señal
de que es mía, supremamente mía,
y aferrada al contorno infinito
mi alma obtiene de ello gozo perfecto
más allá de los abismos y de las horas;
de modo que beso sus hermosas sienes;

ella baña mi cuerpo en perfume
de sudor . . . . ¡Oh, tú, mi esposa secreta,
Continua del Cielo! ilumina
mi alma con este deleite arcano,
¡Hija Voluptuosa de la Noche!
¡Devórame por completo con la mirada
de tu brillo lujurioso!

OLYMPAS. El desierto llama. ¡Vamos, pues!

MARSYAS. O busquemos la nieve sacramental,
donde como un sumo sacerdote pueda yo estar
con acólitos a cada lado,
los picos menores; retirada mi voluntad
para invocar la aurora desde el alba,
cambiando ese humo rosado de luz
en un blanco puro y cristalino;
aunque la niebla de la mente, como ciñe
una bailarina la gasa en torno a sus miembros,
vista la Luz y muestre el Sol virgen
como un medallón pálido de limón.
De allí saltemos sin correa hacia la meta,
éxtasis estelar sin mancha del alma.

OLYMPAS. Así se apagan los fuegos del altar
mientras se manifiesta la Divinidad.

MARSYAS. No, no nos movemos. En todas partes
está nuestro templo debidamente dispuesto.
Toda la tierra es hermosa como el país de las hadas
para nosotros. ¿No estoy yo ungido?

El Sigilo arde sobre la frente
ante el conjuro, aquí y ahora.
El aire está cargado de perfumes.
¡Mira! Resplandece, arde, florece.

* * *

OLYMPAS. Maestro, ¡con qué sutileza has extraído
la luz del día de la Aurora Dorada,
mandado a la Montaña Cavernosa que despliegue
su Rosa de Rubí, su Cruz de Oro;
hasta que vi, destellando desde lejos,
el Ojo del Halcón en la Estrella de Plata!

MARSYAS. Paz a todos los seres. Paz a ti,
¡coheredero de mi eternidad!

OLYMPAS. ¡Paz al más grande y al más pequeño,
a la nebulosa y al nenúfar!
¡Que la luz en abundancia se acreciente
sobre los que sueñan que las sombras son!
¡Bendición y adoración a la Bestia,
el profeta de la Estrella hermosa!

Traducción al español hecha directamente desde el original inglés en dominio público.

Abadía Argentum: https://thelema.prometeolatam.online

Agradecimiento a Frater Adael por el armado de la biblioteca.

Traducciones de la Abadía Argentum bajo licencia Creative Commons Atribución, No Comercial, Compartir Igual 4.0 (CC BY-NC-SA 4.0). Los textos originales están en dominio público.

La Abadía Argentum es libre y gratuita. Si querés sostenerla, podés hacer una donación libre en https://thelema.prometeolatam.online/sobre/#donar